

Entender el siglo XX: CONSTRUIR EL XXI



JOSE ANTONIO SENOVILLA

DEA 1989

ja.senovilla@a2000.es

En la sociedad global del conocimiento cada vez se agrupan y simplifican más las visiones sobre el mundo y el hombre. No hay tiempo para matices. Se abre de pronto un nuevo debate, e inmediatamente se nos interpela sobre si estamos o no de acuerdo. Opinan los expertos, se publican sondeos y se utiliza nuestra opinión fundida en la social como fundamento o justificación de decisiones que nos afectan finalmente a todos, que todos hemos de aceptar si no queremos vernos fuera del juego. Parece que vamos hacia un momento histórico en el que cada uno va a tener una máxima libertad para elegir, para opinar. Pero veamos en qué termina esto.

Se van aquilatando -en grandes rasgos- dos visiones del hombre y del mundo: la que habla de él como un ser autónomo, que puede hacer todo lo que decida, sin «invadir la autonomía de los demás»; y la de los que piensan que el hombre encierra en sí mismo una dignidad superior a cualquier otro ser en el mundo, y que por tanto debe ser tratado conforme a esa dignidad, sin depender de la opinión social del momento.

Estas dos visiones tratan de sobrevivir en la misma sociedad occidental: una sociedad en la que los que influyen han decidido, en muchos casos, jugar a alejarse de la tradición cristiana en la que se forjó su propia identidad.

Muchos de los partidarios de ese mundo en el que reinaría la máxima autonomía individual posible, con cierta lógica interna, deducen que su norma básica de que cada cual pueda hacer lo que vea oportuno debe ser aplicada a todos: a los que piensen así y a los que no. Al fin y al cabo, argumentan con frecuencia,

si cada uno puede hacer lo que quiera, ellos también pueden aplicar su propia idea del mundo y del hombre, y vivirla personalmente: pero a los demás deben dejarnos «libres» sin imponernos su visión del mundo. Quizá no caen en la cuenta de que de ese modo son ellos los que están imponiendo a toda la sociedad su particular opinión.

Detengámonos en la otra visión del hombre: un ser superior; digno en sí mismo por el hecho de ser hombre y no por tener tal o cual característica; un ser llamado a desarrollarse y crecer: llamado a servir a los demás si desea ser más; llamado a esforzarse si desea conseguir una meta digna de sí; llamado a darse si quiere conservarse; llamado en última instancia a dar su vida por los demás, viendo en ellos -si tuvieran fe- el reflejo de su Creador. Con un hombre así ya no se puede hacer lo que se quiera: no se le puede manipular; ni se le puede dominar o explotar; ni hacer de él un instrumento; ni se le puede negar el derecho a vivir conforme a su naturaleza. Para esta cosmovisión, que se funde o va paralela a la visión cristiana, el hombre es un ser sujeto de derechos inalienables, no definibles por el consenso social, insustituible y no manipulable.

Visto el panorama, volvemos al inicio: avanzamos en grandes pasos hacia el momento en el que cada cual debe elegir: la ciencia y la técnica van muy rápidas, y hay que optar. Inhibirse en esta grandísima responsabilidad social implica, o quizá negar la libertad, o quizá negar la dignidad. Así parece plantearse el conflicto. Cada vez hay más presión sobre cada uno para que se decante; cada vez es menos posible mirar hacia otro lado. O están con nosotros, o están contra nosotros, vienen predicando en gran manera los partidarios del «avance so-

La libertad individual, entendida, como «yo hago lo que quiero» deviene en una uniformidad que anula esa misma autonomía.

cial» característico de la primera cosmovisión. Y encontraron su comodín mágico, su varita mágica ante la que muy pocos son capaces de mantenerse en pie, la acusación más terrible hoy: la de ser un intolerante.

¿Qué ocurrirá? Esto cada uno debe plantearse en conciencia, porque esta guerra en verdad le afecta: la aldea global nos interpela a todos.

Si se extiende la primera visión, la técnica y la ciencia experimental serán cada vez más imparables: irán venciendo poco a poco la resistencia del consenso social y, oficial u oficiosamente, por los estados o por la iniciativa privada, se irán experimentando cosas nuevas, también con el hombre, sin más límites que lo posible, y cuando me refiero a técnica no sólo me refiero a laboratorios de genética o de armamento: también y sobre todo de análisis e influencia social. Se discutirá mucho sobre la ética de tal o cual procedimiento, pero existirá el riesgo de que el consenso social se pliegue cada vez más hacia el no-límite. Es, quizá, el juego de la bomba atómica, pero en una nueva versión: es la carrera por el dominio global. A estas alturas, quien dude que hay gente con poder y medios que busca esto, debería ser tachado de ingenuo, y de un desconocedor de la historia del siglo XX.

Es muy pronto para escribir la historia del siglo XX, pero se nos está pidiendo con urgencia una opinión, una decisión. No hay mucho tiempo y sí mucho en juego.

Permítanme una aparente disgresión. Un amigo filósofo anda desde hace tiempo oteando el horizonte de la realidad virtual, como posible sustitutivo de la realidad real: un intento de dar jaque mate al dolor (que, en definitiva, es la piedra de toque que diferencia una y otra visión: el escándalo de la Cruz). Un intento de dominar el placer y el dolor, con el precio de la propia consciencia, con el precio de la realidad y, por tanto, de la verdadera libertad. Hay quien prefiere dejar de ser libre, con tal de no encarar el sufrimiento.

Con la visión antes señalada, y esto es paradójico, la libertad individual queda muy debilitada: la propia decisión se entrega al poder de la mayoría social y al dictado de la ciencia y técnica. Uno responde cuando le preguntan y ahí queda cerrada su autonomía: luego hay que someterse a lo social o políticamente correcto, o automarginarse saliéndose del sistema. Cada vez lo social y políticamente correcto estará en el juego de los más poderosos (en dinero e influencia), que trataran de imponerlo a los demás, cada vez individualmente más débiles. Los fuertes cada vez más fuertes. La sabiduría popular lo ha detectado: cada vez los ricos más ricos y los pobres ,más

pobres. La libertad individual, entendida como «yo hago lo que quiero» deviene en una uniformidad que anula esa misma autonomía.

Esto, bien pensando, no está tan lejos del planteamiento marxista: los extremos se tocan. No es la revolu-

ción de las armas de principios del siglo XX, sino la de las armas del XXI; no es la internacional de partidos comunistas, sino el mercado global tentado por el máximo beneficio y, si fuera posible, el monopolio global; no es la lucha de clases, sino la imposición de «lo correcto» -no lo verdadero o lo bueno o lo bello: lo correcto- porque así lo ha decidido, no el pueblo en asamblea, sino el consenso social; no es un dar la vida por la revolución de los pobres, sino por el progreso global; es una nueva proclamación de la «libertad para qué», desde el mismo monumento a la libertad.

La otra visión no deja al hombre en manos del propio hombre. No podemos hacer lo que queramos, ni siquiera con nosotros mismos, ni siquiera por piedad. Yo te intereso y tú me interesas: no puedo dejar que te hagas daño, que te suicides, y te pido que me ayudes tú si yo en algún momento pierdo la razón y trato de hacerme daño o de hacer daño a mis semejantes. Si veo que vas mal, trataré de decírtelo, de ayudarte. Pero no te atacaré, no trataré de imponerme: ya aprendí la lección y pedí perdón si antes lo hice mal: trataré de vencer tu resistencia dándome. Trataré que la verdad gane terreno por su propia fuerza, sin violencia, suave y hondamente. No me digas que trato de imponerte mi opinión: no es así. Trato de decir que estoy tan convencido de que es éste el camino, que soy coherente y trato de vivirlo. Pero no te ataco: definiendo en positivo lo que veo. Mi visión no depende del momento, o de las estadísticas: sobre esto ya nos dio tristes lecciones el siglo XX. Tú partes de un dogma que tratas de imponerme: cada cual haga lo que quiera. y me acu-

sas de intolerante si no lo veo así, si no me da igual, si me impones tú mismo. Date cuenta de que eso es una violencia mucho más sutil y peligrosa y que al final trata de imponerse por la fuerza y el chantaje.

Estamos de estreno de siglo y milenio. Es muy pronto para escribir la historia del siglo XX, pero se nos está pidiendo con urgencia una opinión, una decisión. No hay mucho tiempo y sí mucho en juego. Propongo una fórmula que puede servir para aclararse: que cada cual aplique las dos plantillas, la de una y otra visión, a los grandes fenómenos del siglo XX: ¿Hubiera o no justificado la actuación de los grandes dictadores, las masacres que acabaron con millones de seres humanos? ¿Hubiera salvado esas vidas, da igual la raza, condición o edad, o las hubiese entregado, bajo la bandera de la «libertad» en manos de los poderosos?

Invoco aquí, en otro contexto, el argumento de la apuesta de Pascal: no sabes y apuestas. Si ganas, ganas todo; si pierdes, pierdes todo. Si apuestas por la inviolabilidad de todo hombre, no sólo estarás defendiendo su dignidad, sino también su libertad; si apuestas por la libertad de elección, por la autonomía de cada uno, al final, la estás negando para los dos y estás dejando al hombre, a ti y a mí, en manos de «los poderosos». ■

«Quién dude de la carrera por el dominio global debería ser tachado de ingénuo».

